

# Imaginarios del amor: una aproximación a su construcción desde el contexto familiar y la ruptura con la pareja

---

*Ana Josefina Cuevas Hernández*

Universidad de Colima

## Resumen

Este artículo analiza 24 narrativas de mujeres divorciadas, separadas, viudas y madres solteras de distintas edades, clases sociales y categorías civiles de ciudades medias de Jalisco y Colima para entender cómo la muerte o ruptura con la pareja modifica su imaginario del amor. El objetivo es conocer cómo el contexto familiar en el que crecieron moldeó sus representaciones, discursos y prácticas sobre éste, y la manera en que la muerte o ruptura con la pareja pudo haber reconfigurado dicha construcción. Los resultados muestran que hay una estrecha relación entre ambos procesos.

## *Palabras clave*

Madres solas, imaginarios, amor romántico e identidad de género.

## Abstract

This article analyzes 24 narratives of divorced, separated and widowed women and single mothers of different ages, social classes and civil status in medium-sized cities within the states of Jalisco and Colima to understand how death and/or rupture with their partner modifies the social imaginary of love. The goal is to know how each woman's natal family context molded their representations, discourse and practice around the concept of love, as well as the way in which death or separation from their partner reconfigures such construction. The results show that there is a close relationship between both processes.

## *Key words*

Single mothers, imaginaries, romantic love and gender identity.

## Introducción

Este artículo da respuesta a la manera en que el contexto familiar y social en el que crecieron las entrevistadas determinó sus imaginarios y vivencia misma del amor romántico, la manera en que la relación conyugal podría incidir o no en la transformación de dichos imaginarios, si dichas construcciones son un obstáculo o modelo durante la relación conyugal y si el tiempo transcurrido entre la muerte o ruptura con la pareja modifica tales imaginarios. Las respuestas provienen de 24 entrevistas, profundidad semiestructurada, realizadas a mujeres de distintas edades, clases sociales y categorías civiles y culturales de ciudades medias del occidente mexicano, para entender cómo la muerte o ruptura con la pareja modifica su imaginario del amor.

El análisis se plantea en tres partes. La primera define los criterios metodológicos y analíticos bajo los cuales se generaron los datos empíricos. La segunda discute las consideraciones teóricas y conceptuales bajo las cuales se analizaron los datos empíricos. La tercera analiza los resultados de la investigación en dos secciones: la primera observa cómo el contexto familiar influyó de manera decisiva en la construcción de imaginarios del amor romántico entre las cuatro categorías de mujeres solas entrevistadas en la soltería y tras la muerte o ruptura; la segunda aborda la reconstrucción de los mismos a partir de la muerte o ruptura con la pareja.

Los datos empíricos permiten observar que el imaginario del amor de las entrevistadas fue influido de manera profunda por el tipo de relación de sus padres y el contexto familiar en el que crecieron. Asimismo, se encontró que el tiempo transcurrido entre la muerte o ruptura con la pareja fue otro factor clave en la interpretación de dicha memoria. El artículo cierra con las principales reflexiones hechas a partir de la discusión de los hallazgos realizados; entre ellos se encuentra que la mitad de las entrevistadas iniciaron una relación de pareja como una salida a problemas familiares, por la presión de su pareja, por estar emocionadas con este nuevo proyecto de vida, por estar embarazadas o por no haberlo pensado; mientras que la mitad restante lo hizo por amor. Otro hallazgo central de la investigación muestra que los imaginarios del amor

romántico estuvieron determinados tanto por el contexto familiar en el que crecieron las entrevistadas como su clase social, observándose mayor socialización y reproducción de los mismos entre las clases medias y medias altas que entre las bajas. Otro hallazgo clave fue la identificación de las condiciones que transformaron los imaginarios del amor de las entrevistadas, que se modificaron de manera sustancial tras la ruptura con la pareja, transitando de representaciones *rosas*, *ideales* o *irreales* (el amor como sentimiento siempre presente, estar juntos todo el tiempo, ayudarse mutuamente o pensar que no iba a haber problemas) a construcciones caracterizadas por cualidades, actitudes y valores que ellas consideraron básicas para que la relación funcionara (la comunicación, el respeto y la compañía). Es decir, la muerte o ruptura con la pareja reconstruyó sus imaginarios acercándolos a condiciones y cualidades más realistas sobre el amor romántico y la vida en pareja.

## Consideraciones metodológico-analíticas

Los criterios diseñados para la selección de madres solas fueron: haber tenido pareja y haber procreado hijos con ella, tener un empleo remunerado dentro o fuera del hogar y ser responsables del cuidado, atención y socialización de sus hijos. Esto me permitió analizar diferentes dimensiones de la vida familiar antes, durante y después de la formación de la pareja y tras la muerte de ella o la ruptura del lazo conyugal. La selección de estas etapas del ciclo de vida de cada entrevistada arrojó luz al contexto familiar en el que crecieron, a la construcción de imaginarios sobre el amor y el matrimonio y a los efectos de la muerte de la pareja en la familia o las condiciones que llevaron a la ruptura del lazo conyugal para ver las posibles relaciones entre estos momentos de su vida.

Se realizaron un total de 24 entrevistas en ciudades medias de los estados de Jalisco y Colima, seis para cada una de las categorías elegidas: divorciadas, madres solteras, separadas y viudas. 15 de ellas fueron hechas en las ciudades de Colima, Manzanillo y Tecomán en el estado de Colima y nueve en Ciudad Guzmán y Guadalajara en Jalisco. En Guadalajara se entrevistaron tres mujeres pero, tras observar la dinámica socioeconómica de la ciudad, la presencia de salarios más altos que en el

resto de las ciudades y la mayor oferta y diversidad de empleos, se decidió dejarlas fuera debido a que imprimían una dinámica más acelerada que en los hogares estudiados en Colima y Jalisco. Los datos de estas entrevistas fueron utilizados en el análisis final. El cuadro I muestra los perfiles sociodemográficos de las entrevistas.

Cuadro I  
Perfil sociodemográfico de las entrevistadas

Entrevista	Ciudad	Estado civil	Edad	Ocupación al momento de la entrevista	Clase social	Escolaridad	No. de hijos
1D	Colima	Divorciada	39	Comerciante	Media	Preparatoria	1
2D	Manzanillo	Divorciada	32	Administradora de club de golf	Media alta	Licenciatura	1
3D	Manzanillo	Divorciada	38	Propietaria de salón de belleza	Media	Preparatoria	2
4D	Manzanillo	Divorciada	34	Vendedora de bienes raíces	Media	Preparatoria	1
5D	Tecomán	Divorciada	45	Comerciante ambulante	Baja	Secundaria	3
6D	Colima	Divorciada	46	Vendedora de publicidad	Media	Preparatoria	1
1S	Tecomán	Separada	33	Vendedora ambulante de servicios funerarios	Baja	Primaria	4
2S	Colima	Separada	39	Periodista	Baja	Licenciatura	1
3S	Colima	Separada	34	Profesora e investigadora	Media	Post-doctorado	1
4S	Colima	Separada	36	Empleada doméstica	Baja	Secundaria	4
5S	Tecomán	Separada	43	Vendedora Fuller, Avón y zapatos por catálogo	Baja	Secundaria	3

*Continúa en la siguiente página*

Continuación del cuadro I

Entrevista	Ciudad	Estado civil	Edad	Ocupación al momento de la entrevista	Clase social	Escolaridad	No. de hijos
6S	Guadalajara	Separada	52	Vendedora de bienes raíces	Media alta	Maestría	2
1MS	Colima	Madre soltera	43	Empleada de lavandería	Baja	Preparatoria incompleta	1
2MS	Tecomán	Madre soltera	48	Empacadora de limón	Baja	Primaria incompleta	5
3MS	Tecomán	Madre soltera	72	Comerciante	Media	Analfabeta	8
4MS	Ciudad Guzmán	Madre soltera	43	Cocinera	Baja	Secundaria	1
5MS	Ciudad Guzmán	Madre soltera	34	Comerciante de repostería	Media	Licenciatura	1
6MS	Ciudad Guzmán	Madre soltera	40	Propietaria de salón belleza	Media	Licenciatura	1
1V	Colima	Viuda	54	Cocinera	Baja	Secundaria	3
2V	Colima	Viuda	50	Abogada defensora	Media	Licenciatura	1
3V	Colima	Viuda	58	Empresaria de la construcción	Media alta	Licenciatura	5
4V	Tecomán	Viuda	39	Administradora centro comercial	Media	Licenciatura	2
5V	Guadalajara	Viuda	48	Propietaria de salón de belleza	Media	Preparatoria	2
6V	Tecomán	Viuda	64	Empleada doméstica	Baja	3ero de primaria	5

Las entrevistas giraron en torno al imaginario social de las entrevistadas sobre la jefatura del hogar, la familia y la familia ideal, su vida laboral, el camino hacia la jefatura del hogar, la posible creación de nuevas redes sociales a partir de la ruptura con la pareja, la composición del

hogar, la composición de la economía doméstica, los cambios económicos en el hogar tras la ruptura o conformación de la nueva estructura familiar, los cambios en la rutina doméstica tras la ruptura o nueva conformación familiar, los procesos de exclusión social y estigma, y la auto percepción de las mujeres como jefas de familia tras el evento.

El análisis de los datos empíricos se realizó por medio de tres criterios: el primero fue la consideración de la clase social y el estado civil y cultural de las entrevistadas —divorciadas, madres solteras, separadas y viudas— cuando el análisis sugería diferencias importantes; el segundo fue la observación del ambiente familiar en el que se creció y su posible relación en la construcción de un imaginario sobre el amor; y el tercero fue la manera en que el tipo de relación de pareja pudo influir en la reafirmación o reconstrucción de dicho imaginario.

Los hallazgos y datos empíricos generados por la investigación aquí referida contribuyen al entendimiento de la percepción femenina sobre aspectos sentimientos y posturas que las llevan o no a iniciar otra relación. El tema pudiera parecer poco relevante, no obstante tales decisiones repercuten directamente en la composición de nuevas familias y en la posición que dichas estructuras ocupan en la sociedad y en las políticas públicas. Asimismo, los hallazgos —como ya lo he sostenido en otros espacios (Cuevas, 2010)— arrojan importante luz a la autopercepción de jefas de familia y la transformación de su identidad tras la ruptura del lazo conyugal, así como el peso de la educación y valores inculcados en ellas en la infancia y adolescencia en torno a estos imaginarios. Los trabajos de Rodríguez (1997) y Vázquez (1997) abonan datos valiosos al respecto, más no abordan de manera directa este problema. No obstante, sugieren que el ambiente familiar en el que crecieron las entrevistadas influye la manera en que se lleva la relación de pareja. En dicha discusión me apoyo para analizar cómo ese contexto y la muerte o ruptura con el cónyuge modifican tales construcciones. En suma, este artículo permite conocer cómo los lazos entre padres e hijos, sin importar su fortaleza, moldean la construcción de su identidad antes de este evento.

La discusión parte de la hipótesis de que los valores culturales, discursos y prácticas —explícitos o implícitos— sobre el amor que se re-

produjeron en el seno familiar, fueron los límites para imaginarlo y vivirlo. Esto es de suma relevancia ya que, con base en él, las madres solas evaluaron si su relación valió la pena, enfrentando con ello un proceso de agencia muy doloroso y para quienes terminaron la relación muchas veces liberador. La presencia de dichos marcos les sirvió como base para evaluar sus relaciones de pareja y tomar decisiones sobre ella.

## Consideraciones teórico-conceptuales

¿De qué manera el contexto familiar y social en el que crecimos determina nuestro imaginario y experiencia del amor romántico? ¿De qué manera la relación conyugal transforma dicho imaginario? ¿Es dicho imaginario un obstáculo o modelo en la forma en que se desarrolla la vida conyugal? ¿Qué papel juega el tiempo en la reconstrucción del imaginario tras la muerte de la pareja o ruptura con ella? Las respuestas a éstas interrogantes son abordadas a través de las narrativas de mujeres divorciadas, separadas, viudas y madres solteras de diversas clases sociales de zonas urbanas medias del occidente mexicano. Las respuestas surgen a partir de la observación de dos eventos del ciclo de vida de las entrevistadas: el contexto familiar en el que crecieron así como la manera en que ello moldeó su imaginario del amor; y la correspondencia entre dicha construcción y su relación de pareja, a partir de lo cual se reflexiona si el tipo de relación se modificó o no. Los principales resultados indican que los imaginarios del amor romántico estuvieron estrechamente ligados a los contextos familiares en los que crecieron las entrevistadas. Dentro de este escenario, las representaciones de las madres viudas fueron las más cercanas al ideal del amor romántico mientras que las de las madres divorciadas, separadas y madres solteras, fueron las más alejadas de dicha condición. De igual manera se observó que el tiempo transcurrido entre la muerte o rompimiento con la pareja fue un factor importante para algunas mujeres en la reconstrucción de sus imaginarios del amor.

Es importante señalar que durante las 24 entrevistas la palabra amor surgió 117 veces, lo cual fue un hallazgo inesperado que se convierte en un rico eje de análisis. A medida que las entrevistadas hablaron de la presencia o ausencia de este sentimiento, se les preguntó cómo lo

habían imaginado antes de iniciar su relación, si su relación había afectado la manera en que lo imaginaron, si les gustaría tener otra pareja y lo que les gustaría encontrar en otra relación. Si bien hay coincidencias en los sentimientos, prácticas y discursos que las entrevistadas asociaron al amor, la clase social, el contexto familiar en el que crecieron y sus propias aspiraciones personales, sus respuestas fueron clave en la construcción de este imaginario.

Por *imaginario social* me refiero, de acuerdo con Castoriadis (1975), a la dimensión de los significados discursivos prácticos, simbólicos e imaginarios que le dan forma y especificidad al comportamiento humano mediante el lenguaje. Para las madres solas, la conceptualización y experiencia del amor se configura a través de nuevos roles y sistemas simbólicos en contextos de interacción social locales y discursivos. Es precisamente mediante los discursos y el lenguaje que ellas, al igual que todos los individuos, regulan su interacción social a través del uso de elementos lingüísticos de todo tipo como pueden ser emocionales, jurídicos, legales, religiosos, morales, sexuales y políticos. Estos elementos no sólo nombran una condición específica sino que también tienen la función de regular las emociones y, por tanto, las actitudes.

La regulación de los discursos y prácticas sobre el amor permite transformar las ideas y actitudes en torno al mismo, así como a mantener un orden social sobre lo que se desea y está permitido cuando éste se expresa de acuerdo a la clase social y edad. Es decir, mediante el lenguaje se hace alusión a la dimensión simbólica de este sentimiento y sus prácticas sociales. Esas relaciones se convierten en actividades llenas de simbolismo (sentidos culturales) y significados sociales individuales, que traducen las ideas y actitudes dominantes en normas, actitudes y códigos de conducta palpables y materializados.

Por amor romántico me refiero a la idea moderna y predominantemente occidental, de elegir a una pareja sentimental a partir de un vínculo afectivo mutuo y por decisión propia. Esto surge como una respuesta de feministas y mujeres socialistas y anarquistas a los derechos de las mujeres dentro de la familia y el matrimonio que buscaron el debilitamiento del patriarcado presente en la práctica de matrimonios arregla-

dos. Dávila (2005) muestra que entre los siglos XVI y XVII en México, el matrimonio católico y religioso fue el único medio para formar una familia, ejercer la sexualidad y, probablemente, satisfacer expectativas personales. Si bien la iglesia católica reconoció que uno de los elementos fundamentales del matrimonio era la libre elección del otro y el cumplimiento de las obligaciones a las que las partes se obligaban, Dávila muestra que la práctica sociocultural de los matrimonios arreglados fue la que dio vida al matrimonio; es decir, la idea del amor como emoción fundante de una relación de pareja se introdujo hasta mediados del siglo XIX y principios del XX.

Los estudios de varios especialistas en familia y género (Salles, 2001; Smith, 2006; Ramos, 2008; Jusidman y Pérez, 2009 y Gonzalbo, 2010) muestran que las ideas progresistas de movimientos revolucionarios internacionales —tales como el derecho al trabajo, a la educación, los obligaciones y derechos dentro del matrimonio y la familia, etcétera— fueron reproducidas por la Revolución Mexicana. En estos discursos, los ideales del amor libre, el derecho a divorciarse de una pareja no deseada y el derecho de los divorciados a segundas nupcias, entre los temas que atañen a esta discusión, se introdujeron lenta y gradualmente en los distintos códigos civiles y familiares del país. En 1923 en Yucatán el entonces gobernador Carrillo Puerto (Smith, 2006: 164) sostuvo, por primera vez dentro de un documento jurídico, que el matrimonio era un contrato voluntario “basado en el amor para formar el hogar”. Si bien la postura de Carrillo Puerto sobre el divorcio fue revertida por resistencias sociales y culturales, esta fue la primera de las iniciativas jurídicas que consideraron el amor como cimiento de la relación de pareja.

A medida que el siglo XX transcurrió, la influencia de los discursos sobre el amor romántico como sentimiento fundacional de una relación de pareja o ruptura de la misma se hizo más frecuente entre todos los sectores sociales. Los medios de comunicación, la literatura, el cine y el imaginario mismo sobre esta emoción, como punto de partida de una relación, están ampliamente anclados en las ideas colectivas y son parte del discurso que ancla el inicio y permanencia de la vida conyugal para las mismas iglesias. Pero el hecho de considerar, en este momento his-

tórico concreto, que una relación de pareja debe fundarse en la elección y amor mutuo ¿es el punto de partida de toda relación? ¿Hasta dónde es posible sostener este argumento? ¿Es dicha representación más ancha o estrecha que la realidad observada? Los datos sugieren hallazgos muy interesantes que apuntan en varias direcciones, como veremos más adelante.

En lo referente al concepto de *mujeres solas*, surge de la necesidad de definir la percepción, realidad y emociones de madres de distintas categorías civiles y culturales al hablar de su condición como madres y jefas de familia. El mismo hace referencia a tres procesos psicosociales identificados en las narrativas. El primero de ellos fue la soledad o ausencia emocional que les dejó la muerte o el rompimiento con su pareja. La ruptura del lazo —ya fuera un hecho fortuito, unilateral o acordado— fue vivido como vulnerabilidad emocional y social. El segundo elemento fue el saberse y verse como las principales —y a menudo únicas— responsables de la crianza, educación y socialización de los hijos. De ahí la importancia de referirme a ellas como mujeres solas. El tercer elemento fue la pérdida o reducción de sus redes sociales y la necesidad de hacer otras nuevas debido al rechazo social, así como el poco tiempo libre que les dejó trabajar y el cuidar de los hijos. Al momento de hacer el análisis, fue evidente que por encima de su soledad como mujeres estuvo su condición de madres solas por la ausencia de apoyos sociales y legales. De esta manera, a lo largo del artículo uso ambos conceptos para enfatizar la condición de mujeres y madres solas y referirme a la desprotección social, institucional y hasta política en la que se encuentran.

La relevancia de estas reflexiones es central para la presente discusión, ya que la mayor parte de las políticas públicas sobre las familias van dirigidas a estructuras de familias nucleares y en situación de pobreza; no obstante, la desprotección social, económica y jurídica que enfrentan la mayor parte de ellas al transitar de un modelo nuclear a uno monoparental —en particular los dirigidos por mujeres que no viven en la extrema pobreza pero que enfrentan vulnerabilidad económica tras la muerte o ruptura con la pareja— es real, además de ser la estructura que más rápido crece. Los trabajos de Rodríguez (1997), González (1999), García y de Oliveira (1994, 2001 y 2005), Chant y McIlwine (1995), García y

Rojas (2002) González (1997), Harris (2008) y Jelin (2008), muestran de manera clara este cambio.

La *identidad* es entendida en esta discusión como los límites entre lo que se dijo e hizo y lo que se dice y es, o como la llama Derrida (1981): la doble escritura. Ésta permite pensar los discursos, prácticas e instituciones que trabajan por la estabilidad y permanencia del matrimonio y que le permiten ser a los individuos, no obstante, también lo que no le permiten y por tanto es cuestionado y admite cuestionar y confrontar las normas y pensarse en oposición a ellas. Es decir, la identidad se construye forzosamente entre lo que se fue (una mujer con pareja), lo que se es (una mujer sin pareja) y lo que se aspira a ser (permanecer soltera o vivir en pareja). Es una especie de lucha interna, consciente o no, que muestra su constante construcción y es susceptible de resignificarse en cualquier momento —la pérdida o ganancia del amor en una relación son factores clave en este proceso— y bajo la presión de nuevas preguntas, condiciones, situaciones que alteran la posición de los sujetos en la sociedad. Vista desde aquí, es una relación de poder en términos foucaultianos. En palabras de Hall (2003: 17), la identidad “es estratégica y posicional”, en ella no hay un yo estable y acrítico idéntico a lo largo del tiempo sino un yo cambiante por las circunstancias y la posición de los sujetos en el entramado social. En este caso particular se habla de cómo los imaginarios del amor se reconstruyeron a partir de la vida conyugal o nacimiento de los hijos y se ligaron de manera estrecha a otros como el del matrimonio y la maternidad. Dichas experiencias abren la posibilidad de imaginar sentimientos, encuentros sexuales, emocionales y eróticos, diferentes a los construidos en el seno familiar. Lo anterior permite reflexionar sobre las cercanas relaciones entre imaginarios e identidades, las cuales forzosamente se definen entre lo que se fue, lo que se es y lo que se aspira a ser. Es una lucha interna que da paso a la constante reconstrucción de lo imaginado y está sujeta a la resignificación y presión de nuevas preguntas, condiciones y situaciones que alteran la posición de los sujetos en su relación de pareja.

En el caso de las *madres solas*, la ruptura con la pareja muchas veces fragmentó y violentó tanto su imaginario del amor como su identi-

dad. En la presente discusión esto es explorado a través de sus narrativas y memorias en correspondencia con los intereses de la metodología de la historia oral, y en cuya oralidad y encuentro entre entrevistadas y entrevistadora, la nueva identidad y sentidos del mundo se construyen en la diferencia (el no tener pareja y el amor romántico) y dentro del discurso del que sí la tiene y de su relación con los otros. En este sentido pues, el imaginario del amor refleja los valores y visiones de las entrevistadas, argumento que puede extenderse a su identidad.

La discusión empírica se hizo desde el enfoque de *género*. Esto permitió arrojar luz sobre cómo las entrevistadas construyeron —como mujeres y madres solas desde su clase social y edad y desde su infancia y hasta la muerte o ruptura con su pareja— qué es el amor, cómo lo vivieron y cómo lo reconstruyeron tras el evento. El género, desde el enfoque de Butler (2006: 70), es definido como el “mecanismo a través del cual se producen y naturalizan las nociones de lo masculino y lo femenino”. Lo cual en sentido contrario, funciona también como un aparato en esta dicotomía, como parte de la diversidad sexual y de género se construye, alimenta y reproduce mediante imaginarios y prácticas específicas. Es decir, el género es una construcción social que distribuye y atribuye roles sociales en función de las características físicas que presentan los distintos sujetos sociales, en este caso hombres y mujeres heterosexuales, y cómo dicha construcción es normalizada por los discursos familiares, mediáticos y oficiales que norman y establecen de manera tanto explícita como implícita lo que es el amor y los valores asociados a él de acuerdo al momento histórico, la clase social, la edad y el lugar donde se vive. De esta manera, el demostrar o no el amor es una actitud que se construye de forma colectiva e inicia en el seno de la familia y se reproduce y amplía a lo largo de las distintas etapas de vida, y se materializa en la relación conyugal. En esta lógica, no sólo las familias moldean las ideas y manifestaciones del amor de pareja sino que el propio Estado, los medios de comunicación y las distintas iglesias, regulan las múltiples manifestaciones permitidas a todo individuo durante su vida de pareja. Al ser impuestas estas conductas y deberes, los individuos se esfuerzan por cumplirlas en un intento por recibir reconocimiento social y sentido de pertenencia.

En suma, el género como categoría de análisis permite ver cuáles son las características de los valores sociales y morales en torno al amor que les fueron inculcados, así como los sentimientos, discursos y prácticas a través de los cuales se manifestaron. De modo que al acercarnos a los datos empíricos, a través de esta perspectiva se puede ver cómo las normas y representaciones de las mujeres estudiadas sobre el amor están construidas y simbolizadas a través de una relación de pareja e hijos, ya sea que estas experiencias fueran anheladas o no como parte de su identidad de género.

Desde la propia discusión de la identidad de género y del imaginario del amor, se pueden observar las prácticas concretas en torno a él (unirse con otra persona y establecer un hogar), los símbolos a los que se asocia (demostraciones de afecto, espacio y tiempos para demostrarlo tanto hacia la pareja como a la familia) y sus representaciones imaginarias (sentimiento sobre el cual da inicio una relación y se consolida).

Como se verá a lo largo de la presente discusión, menos de la mitad de las mujeres experimentaron esta emoción en sus relaciones conyugales, se unieron a sus parejas por amor y encontraron correspondencia entre sus imaginarios y la experiencia directa de este sentimiento; por el contrario, la mayor parte de las narrativas de las madres solas entrevistadas reflejan sentimientos de dolor, desencantamiento y soledad, que condujeron a una lenta reconstrucción de este sentimiento y sus representaciones tras la muerte o ruptura con la pareja.

El concepto de *clase social* al que aludo, hace referencia a las posiciones socioeconómicas que las madres solas ocuparon en las distintas etapas de su ciclo de vida. Se distinguieron tres: la clase social de origen, la clase social adquirida tras la unión o nacimiento de los hijos y la clase social adquirida tras la muerte de la pareja o la ruptura del lazo conyugal.

*La clase social de origen* se estableció a partir de la escolaridad de las entrevistadas, la ocupación de sus padres y la ciudad de residencia; el tamaño de la ciudad fue un factor central en la selección de las mismas y en el propio análisis de los datos. *La clase social adquirida* se construyó a través de los indicadores de escolaridad, ocupación e ingresos propios y de la pareja —cuando los casos aplicaron— y la ciudad de residencia; la

atención a estos factores permite ver el dinamismo del grupo así como la manera en que los sujetos dentro de ese grupo pueden o no desplazarse en diferentes direcciones. La clasificación de clases por ciudad implicó la consideración de estos indicadores ya que la actividad económica y tamaño de la misma determinaron tanto la ocupación y el ingreso de las mujeres como los empleos a los que aspiraron y tuvieron. *La clase social adquirida tras la ruptura* del lazo conyugal consideró los indicadores de escolaridad, ocupación e ingresos y la ciudad de residencia; la estrategia de algunas mujeres de clase media y media alta al vislumbrar la muerte o ruptura del lazo conyugal fue titularse, hacer especialidades, maestrías o incluso doctorados como garantía de mejores empleos y, por ende, de mejores ingresos. Las mujeres que emigraron a otras entidades tras la unión conyugal decidieron quedarse en la ciudad en donde se establecieron con la expareja, al considerar que la calidad de vida era mayor que la de su lugar de origen. Entre los principales factores estuvieron el costo de la vivienda, las distancias y tiempos entre el trabajo, la escuela y la casa, así como el ingreso, factores que hicieron más compatible el cuidado de los hijos y su vida laboral. Si bien la mayor parte de ellas consideró que el ingreso y los empleos disponibles en donde se establecieron con la pareja fueron menores —debido principalmente a la ausencia de redes familiares o debilitamiento de sus redes sociales que en sus ciudades de origen les ayudarían a salir adelante—, las ventajas que les ofrecieron las ciudades en donde residieron influyeron su decisión de establecerse ahí tras la ruptura del lazo conyugal.

En suma, la observación y la construcción de la clase social se hizo a través de la identificación de la escolaridad, el ingreso, la ocupación y el tamaño de la ciudad con lo cual se ve el uso y composición individual y colectivo de los distintos capitales que le dan forma, como sugieren los trabajos de Sémblér (2006) y Filgueira (2001).

Otro concepto analítico central en la presente discusión es el de *ruptura*. Por esta me refiero al término de la relación ya sea de manera unilateral o bilateral que conduce a la separación, divorcio o abandono de la mujer durante el embarazo o a los pocos meses del nacimiento de los niños. El concepto es usado en varias ocasiones de manera indistinta

para referir la ausencia de la pareja sin importar el motivo. No obstante, el análisis enfatiza, cuando es necesario, a qué tipo de ruptura alude, ya que sus implicaciones en la vida familiar y estado emocional de las *madres solas* son centrales; de igual manera se consideran en el presente análisis las narrativas de las mujeres viudas que, si bien no rompieron con sus parejas, sus experiencias arrojan una rica luz a sus imaginarios sobre el amor, y que permiten responder a las preguntas aquí postuladas.

Un concepto adicional que ayuda a definir el conjunto de experiencias vividas en el contexto familiar y sus relaciones con la construcción de imaginarios es el de *microclimas culturales y familiares* (Bertaux, 1994). Estos son los procesos de socialización de los recursos de las familias a partir de la observación de cómo están conformados sus recursos económicos, sociales y culturales, y cómo los distribuyen entre sus hijos. Además, éstos permiten ver cómo se dan, en la vida cotidiana y mediante acciones triviales, las discusiones, soluciones, conversaciones familiares e individuales, las transmisiones de todo tipo de conductas, actitudes, valores, prohibiciones, recursos lingüísticos, cognitivos, perceptivos, escolares, comunicacionales, afectivos, etcétera, que guiarán a los miembros que la componen.

Para entender cómo se estructura el imaginario del amor en las narrativas de las entrevistadas es necesario observar dos procesos: el primero es la influencia de los discursos y prácticas familiares e institucionales, en particular los primeros, en la construcción de su identidad e imaginarios sobre éste; ello permite ver el peso de las actividades cotidianas como los juegos infantiles y entre adolescentes así como las conversaciones con amigos sobre qué es y cómo imaginan el amor, para entender cómo lo moldean lenta y profundamente desde la infancia. Las entrevistas muestran que la clase social fue un factor muy importante en la construcción de dichas representaciones. Las clases sociales bajas y con menos escolaridad tendieron a hablar menos de sus sentimientos y a mostrar un estoicismo e imparcialidad al hablar de él, asimismo se encontró que tuvieron dificultades para definirlo y expresarlo de manera abierta. Considero que ello puede ser explicado por los menores niveles de escolaridad de estas entrevistadas que redundaron en una menor

capacidad verbal para expresarse, así como por el poco tiempo libre que como sujetos y familia tuvieron al tener que trabajar desde una edad temprana. En las narrativas y etnografía de las entrevistadas más pobres se observó, de igual manera, un mayor estoicismo y control sobre el cuerpo —manos apretadas, rictus de dolor y contención de llanto, mirada sobre el horizonte, evasión de las preguntas y respuestas muy cortas y obvias— al hablar sobre sus emociones y soledad emocional causada por la muerte o ruptura con la pareja.

El escenario entre las mujeres solas de clase media y media alta fue distinto. Ellas tendieron a hablar más de sus emociones y frustraciones tras la muerte de la pareja o ruptura con ella con menores dificultades. Esto se debe, en mi opinión, a sus mayores niveles de escolaridad y facilidad para expresar sus emociones, así como un mayor espacio tanto familiar como social para hablar de estas experiencias. En sus narrativas se observó que fueron muy reservadas en torno a con quién compartieron sus sentimientos. Con frecuencia se trató de amigas muy cercanas a ellas u otras mujeres solas que conocieron a partir de muerte o ruptura con la pareja. En las entrevistas fue evidente la experiencia de vida que compararon a *morir en vida, una pequeña muerte o pasar el duelo*. A diferencia de las mujeres pobres que no hablaron del tema con otras personas, las entrevistadas de clase media y media alta hablaron de manera abierta de este evento, hicieron mayor contacto visual con la entrevistadora, reconocieron y hablaron sobre su dolor y en algunas ocasiones, recurrieron a apoyo psicológico privado o público —Desarrollo Integral para la Familia (DIF), Instituto Nacional de Mujeres (INMUJERES) o Centros de apoyo a la Mujer (CAM)— para superar su proceso.

Al observar ambos escenarios, desde un enfoque de género, se encuentra que independientemente de la clase social y de si se deseó pareja o no, si se tuvo una relación por amor o no, los hijos y la pareja materializaron sus imaginarios. Es también sorprendente encontrar que la mayor parte de las mujeres se casaron como una salida a los problemas familiares, por la emoción de iniciar un proyecto nuevo, por no haberlo pensando o simplemente por ser el siguiente paso en su vida, como encontró Cuevas (2012). Esto sugiere, como Rodríguez (1997) sostiene, que

el amor se convierte en un mito alimentado por múltiples condiciones socioculturales que, en los casos estudiados, tienen diferencias de clase.

Así pues, a través de este conjunto de teorías y conceptos se puede observar y explicar de mejor manera cómo los imaginarios se construyen de manera colectiva y cómo la clase social puede marcar profundas diferencias en cómo se viven y se transforman, así como el sentido específico de *mujer sola* y el peso de los microclimas en la reconstrucción de esas representaciones en sus narrativas individuales. Veamos cómo se dio este proceso.

## El contexto familiar y la construcción de imaginarios

El análisis de las relaciones identificadas entre el contexto familiar en el que se creció y el imaginario sobre el amor romántico implicó la reconstrucción, a través del lenguaje y la memoria, de dos etapas de la vida de las madres solas entrevistadas. Lo observado permite sostener que estos dos eventos son procesos familiares que marcaron de manera profunda la identidad de género de todas las madres solas y que ni la clase social ni la edad fueron factores relevantes en la observación de esas dos relaciones.

Asimismo se observó que, si bien el imaginario y valores asociados al amor romántico fueron moldeados por las condiciones del hogar en el que se creció, la clase social sí jugó un papel muy importante en la manera en que se verbalizó y experimentaron esas experiencias. A menor clase social, menor el espacio y el tiempo dedicado a la discusión de sentimientos, expectativas y deseos. En buena medida esto se debió a la necesidad de trabajar para sobrevivir o ayudar a la manutención de la casa desde una infancia temprana. Esto dejó muy pocos espacios para hablar de la manera en que se podían vivir estas emociones.

Cuando yo estaba chiquilla, mi mamá pues, siempre vivimos con mi papá, pero tuvo problemas y hubo separación y, y pos ahí yo también, ¿vea? Sufrí por ese lado pero ella se iba a trabajar y como yo soy la mayor, a mí siempre me llevaba a trabajar con ella, ¿vea? Pero había veces que ella iba y compraba queso [risas], compraba cinco pesos de queso me acuerdo en ese tiempo y a todos nos daba poquito y a ella siempre le tocaba la mayor parte y yo decía “yo me quiero casar pa’ cuando yo sea grande y tenga mis hijos, yo voy agarrar, me va a to-

car más queso”. Fíjese cómo era, pero sí a mí, yo sí quería casarme de blanco, bien, casarme y tener mis hijos, yo soñaba tener como unos doce hijos; yo sí quería muchos niños. Cuando no me tocó casarme, sino que me fui con él, me fui con mi, con el papá de mis hijos [Entrevista 2MS, Tecomán, 48 años, empaedora de limón, clase baja, primaria incompleta, 5 hijos].

No se preocupaba por el hogar, por los hijos, ahí ya había golpes, había gritera, maltratadera y yo me desesperaba y velaba a mi mamá porque mi papá en la noche se armaba cuchillo en la cabecera pa' quererle dar [muerte a mi mamá cuando estaba dormida] y yo, pus, nomás temiendo a ver a qué horas la atacaba. Así fue toda mi niñez, mi juventud hasta que me casé. Un día me entró [la] necesidad de casarme y, y yo dije, “bueno, pus no tiene caso que yo esté aquí” [Entrevista 6V, Tecomán, 64 años, empleada doméstica, clase baja, 3er de primaria, cinco hijos].

La construcción del imaginario sobre el amor entre las madres solas fue un proceso casi siempre inconsciente. La mayor parte del tiempo ellas incorporaron discursos y prácticas de género aprehendidos de sus padres o madres cuando crecieron en hogares monoparentales, en donde se observó la manera cómo satisficieron sus necesidades básicas tales como el alimento, la ropa y el sueño, las des/atenciones entre ellos, los arreglos económicos, el apoyo o falta de éste ante enfermedades o problemas económicos. Estos elementos tuvieron un fuerte impacto en la construcción de un imaginario similar al vivido en su propia relación. Veamos un caso.

Yo crecí con la imagen bastante tradicional y todo el día de la mano, porque además mis papás eran bastante cursis todo el tiempo, entonces eran la pareja ideal mis papás. Yo crecí con esa imagen, o sea, para mí era pues mi sueño en la vida [casarme]: “Ah, pues el día que me case y el día que tenga mis hijos...”. Incluso yo recuerdo con las amiguitas de la secundaria, pues era el tema de conversación ¿no? Cada salida a tomar la malteada o lo que fuera, pues el tema era eso: “Ay, ¿quién te gusta? y ¿Quién es el novio?” [Entrevista 3S, Colima, 34 años, profesora e investigadora, clase media, post doctorado, un hijo].

Para otras mujeres, dicho contexto operó en un sentido totalmente opuesto; es decir, las alentó a construir imaginarios del amor romántico

antagónicos a la relación de sus padres. En esta actitud se observa que el estado civil o cultural de la entrevistada así como su edad no fueron factores significativos en esta respuesta. Veamos el siguiente caso.

A raíz de que me dieron tantos golpes yo decía ¿no? Bueno, si anhelaba el matrimonio pero no estaba tan dentro de mí. No era como otras niñas que deseaban estar casadas, yo sentía que al llegar a casarme, yo decía que nunca me iba a casar que nunca iba a llegar a tener hijos. Decía “yo no quiero vivir la vida que está viviendo mi mamá” [Entrevista 2S, Colima, separada, 39 años, periodista, clase baja, licenciatura, un hija].

Es importante señalar que si bien el contexto familiar influyó de manera profunda en la construcción de imaginarios sobre el amor, el contexto del matrimonio y cómo podría ser la vida de pareja, no determinó que ellas experimentaran tal situación, no obstante sí influyó su postura frente a una relación que consideraron desventajosa y, a mayor escolaridad e independencia económica, mayor probabilidad de que rompieran con una relación considerada abusiva. Evidencia semejante ha sido encontrada por otros investigadores de las familias y los hogares en México y América Latina (Arriagada, 2001; García y de Oliveira, 2005, 2001 y 1994; Salles, 2001; Tuirán, 2001; Camarena, 2003; Rendón, 2004; Thornborn, 2007; di Marco, 2009 y 2009a y Jusidman y Pérez, 2009, entre otros).

En otros casos, fue precisamente la ausencia de discursos y prácticas sobre el amor entre los padres y las influencias y experiencias externas las que las llevaron a construir otros imaginarios sobre éste y el matrimonio. Veamos la siguiente cita.

Nuestra vida era muy práctica, mucho trabajo, mucha escuela. Mis papás nos traían en friega, entonces no había mucho espacio para imaginar el futuro. No éramos románticas, yo creo que [a] las más chiquitas [de mis hermanas sí] les tocó ya la etapa romántica, pero yo no recuerdo. Y las grandes coincidimos en eso, que no recordamos haber tenido momentos de ilusiones de ¡Ay...! Lo que sí recuerdo es que a mí me asustaba esa viejilla, mi vecina, cuando [le] decía a su marido: “¡Maldigo el día cuando iba a entrar a la iglesia de blanco! Y tarará, tarará. ¡Ay Jesús! En el impacto no sabes qué es [el matrimonio] pero ya te imaginas que es algo malo. Yo no sé si inconscientemente lo fui

manejando. No sé por qué no me casé, por qué reté a mi papás, por qué se me metió [a la cabeza] que, que me tenía que quedar con ese señor, quién sabe de dónde saqué garra. No lo sé, no te puedo explicar. Nomás simplemente yo lo enfrenté como una cosa que yo decía: “¿qué tiene?” No lo veía un problema a vivir con alguien sin casarse [Entrevista 2V, Colima, 50 años, abogada, clase media, licenciatura, un hijo].

¿De qué manera el rompimiento con la pareja o su muerte afectó la construcción de dicho imaginario entre las madres solas entrevistadas? Esto lo discutiré en la siguiente sección.

## Re/construcción del imaginario tras la muerte de la pareja o ruptura conyugal

¿Afecta de alguna manera el rompimiento o muerte de la pareja el imaginario del amor de las madres solas estudiadas? Las entrevistas permiten identificar dos grupos de tendencias: la primera es la reafirmación de los atributos y cualidades imaginados antes de la relación de pareja o muerte de ésta, y la segunda es la transformación del imaginario a raíz de relaciones de pareja poco satisfactorias que llevaron al rompimiento con ella. En ambos casos se distinguió que el tiempo transcurrido tras el rompimiento definitivo o la muerte de la pareja fue clave en la reconstrucción de dicho imaginario.

Se observó que entre las viudas el imaginario del amor no cambió y que fue muy positivo tanto en la adolescencia como tras la muerte de la pareja. Ello contrastó con la situación de las divorciadas, separadas y madres solas. Esto se explica, en parte, por el hecho que las mujeres viudas tuvieron relaciones estables y deseadas y que terminaron por la muerte de la pareja y no como resultado de una relación conflictiva o de abandono. No obstante, se observó que la relación tendió a ser sobrevalorada a la luz de las presiones económicas —mantener a los hijos sin apoyos sociales o familiares— y socioculturales que las mujeres enfrentaron al ser rechazadas y estigmatizadas tras la pérdida de su pareja, tal como lo muestra Cuevas (2010) en su investigación entre las madres sin pareja y la dificultad para encontrar una nueva persona llene sus expectativas.

En cuanto a la posible transformación del imaginario del amor tras la ruptura con la pareja se observaron dos procesos: la pérdida de la fe en el amor y el control o rechazo social.

Respecto a la pérdida de la fe en el amor, entre las mujeres de todas las categorías y edades, éstas fueron lastimadas por la infidelidad, la violencia física o emocional, la irresponsabilidad económica o moral, entre otros factores que las condujeron a la ruptura conyugal, y esta valoración se transformó con el tiempo al recuperar las experiencias positivas que la relación les dejó y con lo cual hubo también una ganancia de autoestima que condujo a un imaginario del amor más positivo y anclado a expectativas más reales, aunque más difíciles de lograr por la dificultad de encontrar una pareja que les diera lo que necesitaban y el temor (como ya he dicho) de que éste dañara a sus hijos. Esta fue una actitud trans-clasista y trans-etaria en las cuatro categorías de estudio de la investigación. Veamos una cita al respecto.

Me empezó a doler mucho [la relación] porque la fulana con la que andaba Luis ya la había dejado, y la otra pues iba, iba porque era muchachita trotamundos. Iba de acá de Michoacán y lo que quería era alguien que le pagara renta o le diera de comer ¿no? Y este, se embaraza. ¡Me dolió tanto eso! Entonces ya empecé y dije: “yo no puedo estar aquí”, o sea es estarme lastimando y no lo voy a hacer. Eso fue como al año, año y medio, por ay, y este yo dije [a Luis]: “¡hasta aquí, hasta aquí!” ¡Me dolió el alma! Duré cinco años para poderme reponer de esa relación; pero él fue bueno con mis hijos. A la fecha lo ven y lo ven. A la fecha lo quieren mucho. Él fue bueno conmigo, me remodeló toda mi casa [umju], metió material de primera y él me hizo crecer, me ayudó [con] muchas [cosas de] cuestión de seguridad, como persona. Este ahora lo reconozco. Antes lo aborrecía, lo odiaba y todo, ahora no. Ya nos tomamos un cafecito en alguna ocasión y, este, ahora aprecio, aprecio todo lo bueno que esos años nos dio [Entrevista 5V, Guadalajara, 48 años, propietaria de salón de belleza, clase media, dos hijos].

Sí creo en el matrimonio, en el amor. Y otra [razón por la que no tengo hombre es] porque no es tan fácil encontrar una pareja. Mira, yo te voy a decir una cosa. En mi caso soy trabajadora, económicamente me va bien, no me falta nada; o sea, yo no necesito un hombre para que me mantenga ni necesito un hombre para que sea el papá de mi

hijo, porque mi hijo ya tiene su papá. Entonces, necesito un hombre que sea más que yo, un hombre pues que ya esté más grande. A mí me gustan los hombres grandes, un hombre al que yo no tenga que mantener sino que ya tenga un camino hecho, ¡porque pa' mantener, a mi hijo! ¿Para qué quiero otro [hombre]? Entonces, pues, no está tan fácil [encontrar uno]. Y un hombre que no tenga compromisos, porque generalmente los que cubren ese perfil son hombres ya grandes con compromisos o divorciados, con una historia atrás y con hijos que mantener. No está tan facilito, que si lo encuentro ¡qué maravilla, sería la mujer más feliz! O un buen hombre con valores, que me trate bien y que me quiera, y que volvamos a empezar, sí, a lo mejor [empezaría otra relación] [Entrevista 2D, Manzanillo, 32 años, administradora de club de golf, clase media alta, licenciatura, un hijo].

De la Fuente (1997: 6) sostiene, con respecto a lo que es el amor, que consiste en “conductas a través de las cuales el otro, o lo otro, surge como un legítimo otro en la cercanía de la convivencia, en circunstancias de que el otro, o lo otro, puede ser uno mismo”. Si entendemos el amor desde lo que él propone, se tiene que las mujeres entrevistadas vivieron esta cercanía como la posibilidad de ser y moverse en comunión y en sintonía. Al no perderse o no darse, hubo dolor y transformación tanto de sus sentimientos como de su imaginario y discursos sobre el amor, los cuales tendieron a transformarse en posiciones menos negativas al paso del tiempo.

Siguiendo con De la Fuente, se podría decir entonces que el imaginario del amor se transforma por completo cuando el otro —la pareja— deja de ser uno mismo y no sólo se transforma ese sujeto sino que los discursos y las prácticas están asociados a este. En términos generales, se puede decir que tres de 24 casos hablaron de imaginarios negativos y profundamente marcados por la ruptura con la pareja. Veamos este ejemplo.

Si pudiéramos hablar en términos cursis de los sueños que uno tiene, que yo tengo, [que] tuviera [de] la maternidad, el embarazo, el enamoramiento; todos eso sueños a mí me los hizo pedacitos mi vida del matrimonio ¿no? Así, o sea, entonces no te diría que lo vivo como un fracaso [el no tener pareja] sino fue así una gran pérdida de mis ilusiones, me dejó así, como, me dejó con una sensación de vacío, así, ¿no? De fracaso e impotencia ¡Es que no puedo! ¿no? Sino que

fue así, todo lo que yo creía, lo que quería, lo que esperaba, no existió [Entrevista 3S, Colima, 34 años, profesora e investigadora, clase media, post doctorado, 1 hijo].

La cita anterior invita a la reflexión la relevancia del tiempo transcurrido entre el evento —en los tres casos encontrados habían transcurrido menos de tres años de la ruptura— y su valoración. Las entrevistas con las madres solas hablan de la relevancia del “antes pensaba que” o “recién que pasó” en la interpretación de la ruptura o muerte de la pareja. Posición que se suaviza al paso del tiempo y permite la recuperación de experiencias positivas de la vida en pareja y los imaginarios mismos. De igual manera se observó que en un caso la permanencia de sentidos negativos asociados a experiencias no se modificó con el paso del tiempo. Esto es lo que Todorov (2000) llama la memoria fracturada.

Si bien las entrevistadas hablaron de creer en el amor, la mayor parte de ellas (19 de 24 mujeres entrevistadas —tres viudas y dos madres solteras de diferentes clases sociales—) creyeron y desearon encontrar a una pareja. Ninguna de ellas había iniciado una relación formal al momento de la entrevista. La mayor parte rechazó incluso ser cortejada por temor a que sus hijos sufrieran rechazo o fueran dañados física, emocional o sexualmente. Otro elemento que las desalentó a casarse o vivir con alguien más fue la resistencia a volver a jugar el papel de esposa y cuidadora que en sus relaciones previas tuvieron. Este fragmento de la narrativa da cuenta de ello.

No tengo ganas de volver a casarme porque no me interesa volver a tener la obligación de atender a alguien, porque volvemos a lo mismo, los hombres se sienten con el derecho de ordenarse en tu vida, de mandarte. Y sí, tuve un buen esposo que me, me respetaba mucho y todo, entonces, ¿no? Digo ¡sabrá Dios como me fuera [a] ir! Yo a eso le tengo miedo, y hasta cierto punto flojera en la cuestión de la obligación, porque [a]horita en mi calidad de sola, pues rápido se arregla la casa, se arregla todo y me salgo ¿verdad? Y sin el pendiente de que ¡ay, va a llegar a comer!, y ¿qué le voy a dar de comer? o ¿Qué...? A eso sí le tengo flojera, pero si quisiera una pareja a gusto, a gusto, para salir, para tener compañía, para platicar. Pero pues no, porque luego los hombres quieren casarse, porque ellos quieren la comodidad, ¿en qué? En qué quieren a alguien que los atienda y si empiezas a salir con alguien,

luego esa persona se siente, luego, como dueño de ti o como ya te empezan a celar y eso es muy aburrido [Entrevista 3V, Colima, 58 años, empresaria de la construcción, clase media alta, licenciatura, cinco hijos].

En términos generales es posible sostener que las madres solas con pareja mantuvieron relaciones amorosas fuera del hogar y no desearon casarse o vivir con ellos; asimismo es posible observar que las entrevistadas que desearon tener una relación se resistieron a retomar su papel de esposa. Esta postura, aunada al temor de que los hijos o ellas mismas pudieran salir dañadas por la presencia de un hombre, las llevó a mantener relaciones sin compromisos de matrimonio y en hogares separados. En suma, destaca que quienes tuvieron pareja buscaron compañía más que un proveedor y protector, lo cual contradice la representación de la mujer como un sujeto débil, dependiente económicamente y necesitada de un hombre para ser y trascender como los discursos más convencionales y patriarcales de las iglesias, las familias y la mayor parte de las instituciones sostienen. En su negativa a consolidar o buscar una pareja se identificó también la resistencia a cuidar del otro, a satisfacer sus necesidades físicas, sexuales y emocionales; es decir, a volver a ocupar su papel como esposa. Esto sugiere que su identidad de género no estuvo anclada al matrimonio o a la convivencia doméstica y arroja una importante luz al lento proceso de cambio social de la sexualidad e identidad de las mujeres, vinculada de manera exclusiva al matrimonio. Sus narrativas muestran que se perciben como sujetos independientes y completos al negarse a tener otra relación como recurso para ser mantenidas o cuidadas por la carga física y emocional que esto implica.

Visto desde los planteamientos de Lagarde (2005) se podría sostener que la resistencia al *cautiverio* del matrimonio refleja la resistencia al sometimiento femenino bajo esta figura y, en consecuencia, a esta forma institucionalizada de patriarcado. Asimismo, muestra claros signos de cambio social al tener una vida sexual activa fuera de sus límites, situación posible tanto por su independencia económica como por un cambio en la propia valoración masculina de las entrevistadas.

El otro factor que las desalentó a iniciar una relación emocional fue el control social e incluso rechazo al que se vieron sujetas al ser cues-

tionadas por salir, por asistir a fiestas *solas* o por tener visitas masculinas en su casa. Esto arroja luz sobre la delicada posición que ocupan las mujeres de cualquier edad sin pareja —con o sin hijos, pero en particular las más jóvenes— en sociedades en donde predominan los valores patriarcales. Esto tiene efectos profundos en sus elecciones de vida ya que en cuatro casos: tres viudas y una madre soltera, no desearon una relación emocional tras la muerte o ruptura de la relación. El resto de ellas, sin distinción de clase social, edad y categoría civil o cultural, deseó tener compañía, más que un proveedor como he notado antes, ya que consideraron casi imposible encontrar alguien que aceptara sus condiciones y llenara sus expectativas.

De igual manera destaca que, si bien todas ellas creyeron en el amor —imaginado al momento de las entrevistas como una manifestación de pasión carnal, cercanía emocional y respeto—, la mayor parte no lo experimentó. Esto pudiera parecer un sesgo en la presente discusión ya que ninguna de ellas tuvo pareja y, salvo las viudas, todas rompieron el vínculo conyugal. No obstante, es interesante y a la vez contradictorio encontrar que es un sentimiento universal altamente valorado, deseado y que lleva a los individuos en el mundo occidental a iniciar una vida en común. A pesar de ello, los datos a la mano de esta investigación muestran que 12 de 24 entrevistadas dijeron haber estado enamoradas al momento de la unión, mientras que el resto inició su vida conyugal debido a embarazos no planeados, por presiones familiares, porque estaban emocionadas de iniciar una nueva forma de vida, su vida de pareja o por ser el siguiente paso en su vida. Veamos algunos ejemplos.

La verdad es de que siempre fui muy buena niña, bien tranquila, la verdad nunca hubo problemas en ese aspecto [con mis papás]. Entonces yo no era así, tenía mi novio y todo, pero no así como que “ya me quiero casar y todo”. Aunque yo te voy a decir algo, en el fondo yo siento, bueno no siento, yo sé que me casé para salirme de mi casa, por la presión tan fuerte que ejercía mi mamá sobre mí. Esa relación [de mis papás] no viene por algo mío, viene porque ella [mi mamá] tenía problemas con mi papá. Obviamente desde chica, y yo siempre defendía a mi papá, desde chica, siempre yo estaba en medio de sus problemas y siempre mi papá me protegía. Por ejemplo, se peleaban mi mamá y mi papá y mi mamá me golpeaba y me dejaba moreteada,

hincada hasta las tres de la mañana que llegara mi papá y que mi papá me hallara así. O sea, era como una manera de vengarse de mi papá [Entrevista 2D, Manzanillo, divorciada, 32 años, administradora de club de golf, clase media alta, licenciatura, un hijo].

Nunca pensé en el matrimonio [cuando tenía relaciones sexuales con mi novio], te avientas [a tenerlas] pero dices “bueno, si salgo embarazada [le decía a mi novio], ¿qué va a pasar con nosotros?”. Y la clásica respuesta de que “te respondo”. [Y yo le decía]: “pero no quiero casarme, o sea, no quiero tener hijos”. Y duramos un año así teniendo relaciones y creímos que teníamos todo bajo control. Decidimos [que yo tomará un anticonceptivo inyectado] y pues órale, pues vente [dentro de mí]. A mí me dijeron que no había problema [con tener relaciones] antes de que te baja tu regla y pues se vino [dentro de mí] y en automático has de cuenta de que terminamos de tener relaciones y nos quedamos mudos, presentimos en automático que había sido nuestra cruz [Entrevista 2S, Colima, separada, 39 años, periodista, clase baja, licenciatura, una hija].

En el caso de las madres solteras la decisión de tener un hijo se debió a la imposibilidad de casarse o consolidar una relación. Esto habla de otro importante cambio tanto en el ámbito social como identitario femenino al vislumbrar y experimentar la maternidad y la sexualidad fuera del matrimonio. Evidencia semejante han encontrado autores como Salles (2001), Dávila (2005), Smith (2006) y Ramos (2008), en distintos momentos históricos en México. Veamos algunos ejemplos.

Pues o sea, mis planes cuando yo vi que ya cumplí cierta edad y la pareja que yo tenía o sea, yo sabía que no valía la pena porque desgraciadamente pues escogí mal, escogía mal. Pues ahorita no escogí porque no tengo pareja ¿verdad? Este, ya para mí es, o sea, dije: “Yo quiero tener un niño”. Mas no platiqué [con el papá de mi hijo], mas nunca lo planeé, o sea, ya Dios me lo mandó. Yo no, o sea, para mí pues el tener un niño es y ha sido muy importante [Entrevista 5MS, madre soltera, Ciudad Guzmán, 34 años, comerciante de repostería, clase media, licenciatura, un hijo].

No me llamaba la atención el matrimonio ni los hijos, ya hasta que me vi realmente sola decidí tener la niña. Pero el matrimonio en sí, tener una pareja no me, tener una pareja estable no me nace, ¿no? El llevar las riendas de un hogar realmente no, como que no es para mí [Entrevista 1MS, madre soltera, Colima, 43 años, empleada de lavandería, clase baja, preparatoria incompleta, una hija].

Los anteriores fragmentos hablan de procesos de cambio social e identitarios femeninos muy significativos. Por un lado sugieren que el imaginario del matrimonio se ha debilitado entre las mujeres estudiadas, lo cual no es exclusivo de las ciudades medias y sectores sociales estudiados sino signo de un cambio social más profundo y extenso. Asimismo, las narrativas muestran que el matrimonio no es más, como sostuve antes, la institución que legitima la maternidad. Por otro lado, los fragmentos citados muestran que ser madre fue más importante que el matrimonio para las mujeres entrevistadas, quienes por distintas razones no consolidaron una relación o renunciaron a ella como proyecto de vida. Esto contradice los imaginarios y discursos más convencionales de la sociedad sobre el anhelo universal femenino de convertirse en esposa. En suma pues, las representaciones sobre el amor romántico, el matrimonio y la maternidad son mucho más estrechos que las múltiples realidades estudiadas.

Volvamos ahora la pregunta sobre la probable relación entre la presencia o idea de estar enamorada al momento de la unión y la edad, la clase social y la categoría de mujeres estudiadas. El hallazgo más relevante en este respecto fue que las madres solas que iniciaron sus relaciones conyugales más jóvenes lo hicieron como una salida a los problemas familiares y no estuvieron enamoradas. Esto fue trans-clasista, y refleja los efectos de procesos familiares altamente conflictivos. En cuanto a la clase social, se observó que dos de ocho mujeres de clase baja dijeron estar o creerse enamoradas al iniciar la relación de pareja, seis de ocho entrevistadas de clase media expresaron la misma sensación y cuatro de ocho de clase media alta estuvieron en la situación anterior. En términos generales se puede apreciar que el grupo de mujeres de clase media y media alta experimentaron este sentimiento, el cual estuvo reforzado por juegos infantiles, tiempos de cortejo y socialización más amplios que en la clase baja, como ya observó Cuevas (2012). En cuanto a la categoría de estudio, se hicieron hallazgos interesantes: tres de seis mujeres separadas dijeron estar o creerse enamoradas al momento de la unión; cinco de seis viudas estuvieron en la misma situación, y dos de seis mujeres divorciadas y madres solteras estuvieron o creyeron estar enamoradas de su pareja al unirse a ellas. La categoría de viudas es la que más claro se observó en

el enamoramiento al momento de la unión. Esto puede explicarse por el hecho de que las mujeres no rompieron con sus parejas sino que murieron a causa de enfermedades o accidentes. Ellas, a diferencia de las otras categorías, deseaban la relación y se observó que posiblemente la valoraron de manera más positiva al ver el peso sociocultural de la soledad.

Esto nos deja ante la pregunta planteada por Rodríguez (1997) de si ¿el amor es un mito de las culturas modernas o si la compatibilidad con la pareja es un asunto de afectos e intelecto? En suma pues, la evidencia a la mano sugiere que la mayor parte de las madres solas entrevistadas no estuvieron enamoradas al momento de unirse a su pareja o tener hijos con ellas.

## Conclusiones

La discusión aquí presentada sobre la manera en que el contexto familiar incide en la formación de imaginarios, prácticas y discursos sobre el amor, muestra que si bien fue el modelo a partir del cual se evaluaron las relaciones de pareja, no fue un modelo determinista. Las reflexiones y hallazgos hechos por esta investigación muestran que las relaciones entre estos dos factores fueron amplias aunque no determinantes. Las entrevistadas tuvieron siempre la posibilidad de aprender nuevas pautas de conducta y desaprender aquellas que consideraron dañinas o inútiles; es decir, pudieron reconstruir sus imaginarios a partir de experiencias que las confrontaron con lo aprendido para llegar a lo deseado.

Asimismo, se pudo observar que si bien el imaginario del amor se transformó tras la ruptura o muerte de la pareja, el tiempo fue un elemento crucial en la elaboración más positiva de discursos y prácticas sobre este sentimiento. A mayor cercanía con la ruptura, mayor la posibilidad de encontrar narrativas marcadas por el dolor del evento y relaciones desgastantes con la expareja. El escenario fue distinto para las viudas quienes, como vimos, tuvieron imaginarios muy positivos, en mi opinión sobrevalorados de sus relaciones. Esto se debió, como comenté en otro momento, a la desprotección social a la que se expusieron al perder a su pareja, el rechazo social que pudieron haber enfrentado al ser consideradas un peligro para otras relaciones y a la soledad emocional que enfren-

taron al perder a la persona que amaban. Un cambio de vida que implicó la redefinición de su identidad de género y percepción como familia.

El principal hallazgo hecho por esta investigación muestra que la mitad de las mujeres no estuvieron enamoradas al momento de casarse. Esto muestra que si bien a partir del siglo xx la idea del amor romántico hace extensiva en prácticamente todos los ámbitos y hasta códigos civiles, este sentimiento no estuvo presente como punto de partida en todas las relaciones. No obstante, la influencia de dicho imaginario en los discursos de la mayor parte de las instituciones, familias y las propias mujeres entrevistadas como algo deseable, habla de su enorme peso en la vida cotidiana.

Como discutí, en la mitad de los casos no fue un sentimiento fundacional de las relaciones de pareja, por lo cual es posible sostener que sus representaciones son mucho más estrechas que realidad misma. Las condiciones que empujaron a las mujeres estudiadas a unirse a su pareja reflejan que fueron tanto el enamoramiento como la salida a problemas familiares y personales. Y las prácticas y los discursos sobre el mismo proyectaron una imagen del amor con poca correspondencia con sus expectativas que las hizo sufrir y terminar con la relación. Este hecho refleja a su vez una forma de resistir relaciones algunas veces violentas, otras insatisfactorias que debilitan el control del matrimonio y los varones sobre las mujeres. No obstante, pareciera que el precio por tal anhelo y postura es precisamente vivir con el anhelo de encontrar a alguien que cumpla tales expectativas.

Si en otros momentos históricos el amor romántico no figuró como un sentimiento que motivara la unión conyugal y en el momento actual se considera una precondition, en ambas su materialización ha sido casi imposible para la mayor parte de las mujeres, ¿qué función social y cultural cumple dicho imaginario? La respuesta escapa a los propósitos de esta discusión pero permite pensar en la enorme influencia de estos imaginarios, prácticas y discursos en la percepción y experiencia de la propia realidad.

El hecho que la mitad de las madres solas entrevistadas dijeran haber estado enamoradas y querer a su pareja al momento de la unión y

el resto de ellas la iniciaran por otras condiciones, muestra la complejidad de la vida social. Esto sugiere, en mi opinión, que el amor no siempre es experimentado en las relaciones de pareja y que si bien se aspira a encontrarlo, los factores familiares y la elección de pareja —estrechamente ligado al seno familiar en el que se creció, como sostiene Cuevas (2012 y 2013)— juegan un papel central en las posibilidades de vivirlo. Dicho en otras palabras, se aprende a ser feliz, a dialogar, a ceder, a tolerar, a respetar, a amar, a perdonar, etcétera. Es decir, el amor como sentimiento no provee de manera inherente a los sujetos de las condiciones, acciones y actitudes que asocian al amor.

La discusión aquí presentada muestra pues que al hablar de los imaginarios y representaciones del amor romántico se entrecruzan, casi de manera inherente, el matrimonio y la maternidad y las expectativas personales construidas a partir del contexto familiar y el momento histórico en el que nos encontramos.

## Referencias bibliográficas

- Arriagada, I. (2001). *Familias latinoamericanas. Diagnósticos y políticas públicas en los inicios del nuevo siglo*. Chile: CEPAL, Naciones Unidas y ECLAC, Serie Políticas Sociales 57.
- Bertaux, D. (1994). El patrimonio y su linaje: transmisiones y movilidad social en cinco generaciones. En: *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*, 18: 27-57.
- Bulter, J. (2007). *Gender trouble. Feminism and the subversion of identity*. Londres: Routledge.
- Chant, S. y McIlwane, C. (1995). *Women of lesser cost: female labour, foreign exchange and Philippine development*. Londres: Pluto.
- Camarena, R. (2003). Repensando a la familia: algunas aportaciones desde la perspectiva de género. En: *Estudios demográficos y urbanos*, 53: 255-297.
- Castoriadis, C. (1975). *L'Institution Imaginaire de la Société*. Paris: Seuil.
- Cuevas, A. (2013). Contexto familiar y elección de pareja: una aproximación a través de *madres solas*. En: *Estudios Sociológicos*, 92 (en prensa).
- Cuevas, A. (2012). Discursos, imaginarios y prácticas de las *madres solas* en torno a la familia y los hijos tras la ruptura del lazo conyugal. En Cuevas, A.J. (ed.), *Identidades mexicanas individuales y colectivas en el siglo XXI* (pp. 95-120). México: Plaza y Valdés.

- Cuevas, A. (2010). Jefas de familia sin pareja: estigma social y autopercepción. En: *Estudios Sociológicos*, 84: 753-790.
- Dávila, D. (2005). El brazo secular: el emergente poder de la “otra” autoridad. En: *Hasta que la muerte nos separe. El divorcio eclesiástico en el obispado de México, 1702-1800* (pp. 162-182). México: El Colegio de México/Universidad Iberoamericana y Universidad Católica Andrés Bello.
- De la Fuente, J. (1997). El lenguaje desde la biología del amor. En: *Literatura y Lingüística*, 10: 3-23.
- Derrida, J. (1981). *Writing and difference*. Londres: Routledge.
- Di Marco, G. (2009). Las familias. En: Schmukler, B. y Campos, M (coords.), *Las políticas de la familia en México y su relación con las transformaciones sociales* (pp. 103-115). México: Instituto Mora.
- Di Marco, G. (2009). Las políticas públicas y la democratización de las familias. En: Schmukler, B. y Campos, M. (coords.), *Las políticas de la familia en México y su relación con las transformaciones sociales* (pp. 211-223). México: Instituto Mora.
- Figueira, C. (2001). *La actualidad de viejas temáticas: sobre los estudios de clase, estratificación y movilidad social en América Latina*. Santiago de Chile: CEPAL/Naciones Unidas/ECLAC.
- García, B. y De Oliveira, O. (2005). Mujeres jefas de hogar y su dinámica familiar. En: *Papeles de Población*, 043: 29-51.
- García, B. y De Oliveira, O. (2001). Transiciones familiares y trayectorias laborales femeninas en el México urbano. En: Gomes, C. (comp.), *Procesos sociales, población y familia. Alternativas teóricas y empíricas en las investigaciones sobre la vida doméstica* (pp. 129-145). México: FLACSO/Porrúa.
- García, B. y De Oliveira, O. (1994). *Trabajo femenino y vida familiar en México*. México: El Colegio de México.
- García, B. y Rojas, O. (2002). Los hogares latinoamericanos durante la segunda mitad del siglo XX: una perspectiva sociodemográfica. En: *Estudios Demográficos y Urbanos*, 050: 261-288.
- Gonzalbo, P. (2010). La contradicción de la familia colonial. En: Jiménez, N. (ed.), *Familia y tradición. Herencias tangibles e intangibles en escenarios cambiantes* (pp. 109-122). Vol. 1. México: El Colegio de Michoacán.
- González, S. (1997). *Familias y mujeres en México*. México: El Colegio de México.
- González de la Rocha, M. (1999). Hogares de jefatura femenina en México: patrones y formas de vida. En: *Divergencias del modelo tradicional: hogares de jefatura femenina en América Latina* (pp. 124-149). México: Plaza Valdés/CIESAS.
- Hall, S. (2003). *Cuestiones de identidad cultural*. México: Siglo XXI.

- Harris, S. (2008). What is family diversity? En: *Journal of family issues*, 29: 1407-1425.
- Jelin, E. (2008). Las familias latinoamericanas en el marco de las transformaciones globales. En: Arriagada, I. (coord.), *Familia y política pública en América Latina. Una historia de desencuentros* (pp. 93-125). Chile: Naciones Unidas/UNFPA/CEPAL.
- Jusidman, C. y Pérez, I. (2009). Políticas de la familia en México y transformaciones sociales. En: Schmukler, B. y Campos, Ma. del R. (coords.), *Las políticas de la familia en México y su relación con las transformaciones sociales* (pp. 17-102). México: Instituto Mora.
- Lagarde, M. (2005). *Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas*. México: UNAM.
- Ramos, C. (2008). Cuerpos contruados, cuerpos legislados. Ley y cuerpo en el México de "fin de siècle". En: Tuñón, J. (comp.), *Enjaular los cuerpos. Normativas decimonónicas y feminidad en México* (pp. 67-106). México: El Colegio de México.
- Rendón, T. (2004). El mercado laboral y la división intrafamiliar del trabajo. En: Ariza, M. y De Oliveira, O. (coords.), *Imágenes de la familia en el cambio de siglo* (pp. 49-89). México: IIS-UNAM.
- Rodríguez, C. (1997). Entre el mito y la experiencia vivida: las jefas de familia. En: González, S. y Muñón, J. (comp.), *Familias y mujeres en México* (pp. 163-194). México: El Colegio de México.
- Salles, V. (2001). Familias en transformación y códigos por transformar. En: Gomes, C. (comp.), *Procesos sociales, población y familia. Alternativas teóricas y empíricas en las investigaciones sobre la vida doméstica* (pp. 103-126). México: FLACSO y Porrúa.
- Sémblér, C. (2006). *Estratificación social y clases sociales. Una revisión analítica de los sectores medios*. Santiago de Chile: CEPAL/Naciones Unidas/ECLAC.
- Smith, S. (2006). Si el amor esclaviza ¡Maldito sea el amor! En: Cano, G.; Vaughan, M. y Olcott, J. (comps.), *Género, poder y política en el México posrevolucionario* (pp. 153-172). México: Fondo de Cultura Económica.
- Therborn, G. (2007). Familias en el mundo, historia y futuro en el umbral del siglo XXI. En: *Familia y políticas públicas en América Latina, una historia de desencuentros* (pp. 31-62). Santiago de Chile: CEPAL.
- Tuirán, R. (2001). Estructura familiar y trayectorias de vida en México. En: Gomes, C. (comp.), *Procesos sociales, población y familia. Alternativas teóricas y empíricas en las investigaciones sobre la vida doméstica* (pp. 23-65). México: FLACSO y Porrúa.
- Todorov, T. (2000). *Los abusos de la memoria*. México: Paidós.
- Vázquez, G. (1997). Mujeres que "respetan su casa": estatus marital de las mujeres y economía doméstica en una comunidad nahua del sur de Veracruz. En: González, S. y Muñón, J. (comp.), *Familias y mujeres en México* (pp. 163-193). México: El Colegio de México.

Ana Josefina Cuevas Hernández

Mexicana. Doctora en Sociología por la University of Essex, Inglaterra. Profesora e investigadora de la Universidad de Colima. Líneas de investigación: Transiciones familiares y género y sus interconexiones con el cambio social y las políticas públicas.

Correo electrónico: [ajcuevas@ucol.mx](mailto:ajcuevas@ucol.mx).

*Recepción: 13/11/13*

*Aprobación: 05/06/13*



*Fotografía de Lucila Gutiérrez Santana.*